

Hermenéutica de la reconstrucción. El suicidio semántico

Hermeneutics of reconstruction. Semantic suicide

Raúl Antonio Buendía Chavarría

Universidad Nacional Autónoma de México

raul.buendia13@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-1037-238X>

Resumen: Es inexorable afirmar que el pasado se ha ido, ya no está, es una realidad abolida. No obstante, el eterno impulso del ser humano a reconstruir el mundo es inevitable. De esta inclinación ha surgido “el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto”¹, se enfoca a lo ausente y “se define en relación con una realidad que no está construida ni observada [...], sino sobre la cual, “se investiga”, “se atestigua”². En estas breves líneas se presenta una brecha del tempestuoso sendero de la Investigación Histórica y su intersección con la disciplina de la Hermenéutica, en este caso específico, el entrecruce será contemplado desde el modelo analógico-icónico de Mauricio Beuchot. Éste proporcionará un plano casi neutro para contemplar las nociones hermenéuticas de la explicación, comprensión e interpretación y su articulación con los métodos y teorías de la Investigación Histórica. El punto limítrofe, que origina la estructura de la analogía, permitirá atisbar a la representación histórica

Abstract: It is inexorable to affirm that the past is gone, it is no longer there, it is an abolished reality. Nevertheless, the eternal impulse of the human being to reconstruct the world is inevitable. From this inclination has arisen “the most dangerous product elaborated by the chemistry of the intellect”, it focuses on what is absent and “the most dangerous product elaborated by the chemistry of the intellect”. It focuses on the absent and “is defined in relation to a reality that is neither constructed nor observed [...], but which is ‘investigated’ and ‘witnessed’”. In these brief lines we present a gap in the stormy path of Historical Research and its intersection with the discipline of Hermeneutics, in this specific case, the intersection will be contemplated from the analogical- iconic model of Mauricio Beuchot. This will provide an almost neutral plane to contemplate the hermeneutic notions of explanation, understanding and interpretation and their articulation with the methods and theories of Historical Research. The borderline point,

¹ Bloch, M. (2010). *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica, p. 16.

² Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Paidós, p. 11.

como una operación que franquea los límites epistémicos y conduce a un nivel ontológico, es decir, se constituye como una *huella* presente de un pasado ausente.

which originates the structure of analogy, will allow us to glimpse historical representation as an operation that crosses epistemic limits and leads to an ontological level, that is to say, it is constituted as a present trace of an absent past.

Palabras claves: narración, representación histórica, experiencia histórica, analogía.

Keywords: narrative, historical representation, historical experience, analogy.

Un sentimiento, que fue creciendo intensamente en mí y que muy rara vez logré expresar, fue la sensación del pasado y presente en uno solo: una vivencia que trajo algo fantasmal al presente³.

Del sendero

La *Hermenéutica de la reconstrucción* es una investigación que surge de la necesidad de comprender racional y prudentemente nuestra realidad, específicamente, la realidad pasada. Se menciona *reconstrucción* porque a diferencia de una construcción, la labor histórica no configura sus escritos de la *nada*, sino que parte, en primera instancia, de las llamadas fuentes históricas, como los documentos y/o testimonios escritos, orales, vestigios, objetos y ruinas arqueológicas; en segunda instancia, considera otras narraciones ya existentes; siendo así, la Historia se ostenta como una investigación tanto del pasado como de los escritos acerca del pasado.

La Historia, en la ambivalencia de ser “el devenir de la humanidad y la ciencia que los hombres se esfuerzan en elaborar sobre su devenir” (Aron, 2004, p. 13), requiere de los aportes que le proporciona la Hermenéutica para ubicar al hombre en su relación consigo mismo y su acontecer en el tiempo. Por ello, es necesaria una consciencia, y quizá una experiencia, histórica formada hermenéuticamente, a saber, aquella que no sólo considere el tiempo como una sucesión lineal de datos, sino que llegue “a ser consciente de su

³ Ankersmit, F. R. (2004). *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. Fondo de Cultura Económica, p. 401.

tiempo comprendiéndolo, reuniendo en sí todas las dimensiones temporales y, por consiguiente, agotando completamente la propia experiencia” (Koselleck, 1997, p. 68). Más allá de realizar una reconstrucción del pasado, a través de los nuevos sentidos que emergen, vinculará al hombre con él mismo, con los otros y el mundo.

En breve: se entiende como *hermenéutica de la reconstrucción* al proceso reflexivo de la consciencia histórica y su formación hermenéutica; esta conjunción será capaz de ubicar en el devenir espacio-temporal a la Investigación Histórica para hacerla consciente de sus prejuicios y del marco contextual desde el que interpreta, haciéndola prudente para elegir los métodos con los cuales abordará las fuentes históricas. Por medio de la interpretación emergerá una representación con el objetivo de reconstruir el pasado en sus dimensiones justas, al menos esa es la pretensión: rescatar a la Historia, en sus realidades más próximas, del olvido y el *desgarro por el tiempo*.

La hermenéutica, como guía espacio-temporal del historiador y custodia de la emergente representación del pasado, sabe que la reconstrucción del hecho a partir del acontecimiento narrado nunca es la presentación del hecho bruto tal *como realmente ocurrió*, sino que, es de un carácter análogo. La serie de acontecimientos que reconstruye el historiador en su imaginación son puramente ideales, éstos se configuran en una narración que, a la par, elabora unidades de significado. Si bien estos significados son perdurables, no logran escapar de los distintos factores de mutabilidad que intervienen en los procesos de la investigación histórica.

Es por esto que “la Historia se deshace inevitablemente en un número indefinido de humanidades, cada una dedicada a una cierta manera de sentir, de vivir, y de imaginar el vasto universo” (Aron, 2004, p. 33). De esta forma, la Historia se yergue como una unidad constituida por múltiples historias relatadas; y la hermenéutica como una perspectiva capaz de aproximarse y distanciarse de ellas, lo suficiente para intentar comprenderlas.

Respecto a las aseveraciones mencionadas, acoto que el enfoque acerca de la disciplina histórica es estrictamente filosófico y hermenéutico, pues, afortunada o desafortunadamente, no existe una rigurosa formación de historiador por parte del autor. Es por ello que considero adecuado visualizar algunas distinciones para evitar galimatías o futuras confusiones terminológicas.

La primera de ellas es a nivel lexical, pues concurre una diferencia básica entre la noción de *Historia* y la de *historia*; esta última, a partir de la

traducción de *story* y de los postulados narrativistas de Arthur Coleman Danto, refiere a la reconstrucción del sentido de los acontecimientos del pasado, a través de la comprensión de un relato histórico, en otras palabras, es la narración de mi pasado. La configuración narrativa del relato no sólo describe, sino que entrama una realidad discordante en un orden concordante, según afirma Paul Ricœur, es “síntesis de lo heterogéneo” (2007, p. 132). De esta forma, la misma estructura de la narración dará paso a un conocimiento indirecto basado en la interpretación de los escritos históricos.

Por otro lado, la *Historia* refiere a la traducción de la palabra anglosajona *History*, cuyo significado se despliega en los diferentes procesos y operaciones de la Investigación Histórica, orientadas a estudiar y recuperar tanto el contexto como las perspectivas de los agentes de acción, en general, el devenir de la humanidad en el tiempo, apelando a sus causas y sometiendo al acontecimiento bajo una explicación lógica-científica, siendo ésta la única vía justificable para alcanzar, no un conocimiento histórico, sino solamente un esbozo de explicación acerca del pasado.

De la misma forma, es necesario definir que, cuando se menciona la palabra *acontecimiento*, se refiere a la acción o evento ocurrido en el pasado; a diferencia del *hecho*, pues éste corresponde a la organización y configuración del acontecimiento histórico en una estructura textual.

Continuando sobre esta senda, vale la pena realizar la distinción entre *investigación histórica* y *escrito histórico*; la Filosofía de la Historia al rechazar o dejar de lado este matiz, lamentablemente, y debido a la casi invisible barrera que los separa, ha ocasionado confusiones, omisiones o reducciones de uno por el otro. La *investigación histórica* se enfoca, a partir de procesos científicos, métodos lógicos y operaciones historiográficas, a expresar declaraciones sobre el pasado; asimismo, el *escrito histórico* se encarga de integrar los resultados de estos procesos y operaciones, a través de una operación de configuración textual. Evidentemente, ambas nociones no son autónomas, sino que se interrelacionan y coinciden debido a su referencia, que es el pasado. Aunque el escrito histórico incluya y haga explícita a la investigación histórica, no se pueden reducir por completo a una misma unidad, a pesar de concordar en sus objetivos, difieren en proporciones, ya que la investigación histórica se desarrolla en el ámbito epistémico, a nivel de los acontecimientos; y el escrito histórico se despliega operacionalmente, en un nivel estructural,

pues, “contar una *historia* (o escribir la *Historia*), siempre es una construcción que *imponemos* a los hechos” (Ankersmit, 2004, p. 20).

De las ruinas

Como principio, objetivo y fin que insufla, motiva y otorga relevancia a este camino resulta necesario plantear una pregunta: ¿por qué “cuando nos paramos frente al espejo del pasado: nos vemos a nosotros mismos y vemos a un extraño”? (Ankersmit, 2004, p. 68)

Para responder es preciso acercarse a la orilla del oscuro abismo del pasado; claro, se tendrá la libertad de empeñarse o no al precipicio para saber la respuesta. Para ello se contemplarán, y se intentará no olvidar durante el transcurso de esta ilación, esas huellas arcanas y ausentes pero presentes en cada uno de nosotros, eso que de alguna forma, nos constituye, que recordamos y recordamos.

Siendo así y en palabras mayores:

La historia no es historia sino en la medida en que ella no accede ni al discurso absoluto ni a la singularidad absoluta, en la medida en que su sentido se mantiene confuso, mezclado [...] la historia es esencialmente equívoca, en el sentido de que es virtualmente *événementielle* (acontecimiento) y virtualmente estructural. La historia es verdaderamente el reino de lo inexacto. Este descubrimiento no es inútil; justifica lo histórico. Lo justifica de todas sus incertidumbres. El método no puede ser sino un método inexacto [...] La historia quiere ser objetiva y no puede serlo. Quiere hacer revivir y sólo puede reconstruir. Quiere convertir a las cosas en contemporáneas, pero al mismo tiempo tiene que restituir la distancia y la profundidad de la lejanía histórica. (Le Goff, 2005, p. 25)

Ante la imprecisión de esta disciplina, la Filosofía, siempre tan atenta a los métodos de otras disciplinas y, paradójicamente, en gran medida indiferente a los propios, incursionó en la Investigación Histórica con el objetivo de aportar solidez estructural y congruencia sistemática.

El enfoque de la Filosofía de la Historia, en su mayoría, se orientó a esclarecer los objetos, términos, métodos y teorías que la Investigación Histórica ha adoptado para sostener y ostentar tanto un conocimiento

como una interpretación válida y verdadera en el estudio del pasado. En la actualidad, no se afirmaría que la Filosofía de la Historia se encuentra en crisis o decadencia, pues ambos términos implicarían el fracaso de la disciplina, es por ello que se opta por indicar un dilema. Éste se desarrolla al interior de la Filosofía de la Historia, pues ella misma se ha bifurcado en dos perspectivas que, si bien no son contrarias, tienden a oponerse respecto a objetos y métodos: por un lado, surge la vertiente, orientada desde la Epistemología, que se interesa por los criterios de verdad y validez de las descripciones y declaraciones históricas; por otro lado, emerge una línea que permanece en el campo del lenguaje y se concentra en los instrumentos lingüísticos que desarrolla el historiador para comprender el pasado (Ankersmit, 2004, p. 92).

Para atisbar la tensión entre los dos puntos de vista, la epistémica y la narrativista, es vital eliminar la visión lineal y progresiva del tiempo para observar que la primera postura no es causa de la segunda y que ambas propuestas no son sucesivas, cronológicas o derivadas, sino que, ambas surgen paralelamente desde sitios distintos de reflexión; aunque son caminos opuestos terminan coincidiendo en algunos elementos.

El análisis de esta problemática interna resulta esencial: en primera instancia, para observar el sedentarismo en el que ha caído la Filosofía de la Historia, como consecuencia de la incomprensión del desarrollo histórico de ella misma; en segundo término, para percibir el fantasma filosófico que la persigue y las aporías que ha originado dicha discrepancia; y finalmente, comprender a cabalidad la causa que motivó a la perspectiva narrativista a exacerbar, y otras veces a desvanecer, los fundamentos sólidos de la Investigación Histórica.

De las ruinas de este dilema y desde el enfoque hermenéutico, se intentará, si no conciliar, mínimo forjar una armonía entre ambas posturas. Para ello se contemplará la tensión configurativa del relato histórico que, particularmente, presenta tanto operaciones *poiéticas* como historiográficas; las primeras se evidencian en la configuración poética-retórica de la trama, y las segundas se revelan por la estructura argumental y conceptual que la Investigación Histórica instauro como criterio de veracidad. A partir de ellas se logra efectuar la persuasión y se cumple con la pretensión de verdad a la que aspira. Ambas operaciones se conjuntan para sacar “a flote” una representación del pasado, encaminada a reconstruir una realidad que ocurrió, que a la

par, tenga correlación con las fuentes históricas y, de esta forma, atestar dicha representación *como* un hecho verosímil.

Esta intencionalidad guía a la función referencial del relato histórico, hacia una realidad que no tiene una existencia presencial ni es perfectamente comprobable, por ello es necesaria la noción de *ícono*, pues, su analogicidad posibilita el traslado hacia esa realidad ausente. Debido a que el sentido del relato se expresa en *imagen*, particularmente, concebida y acotada como *representación* o *huella*, se recurre, como puente ontológico, a la función metafórica del entramado; finalmente, ésta coliga la imagen, creada por la imaginación histórica, con el referente, que apunta al acontecimiento tal *como* ocurrió.

La *representación histórica* y la *huella* operan, a través de la función referencial, de un modo analógico-icónico, pues consiguen “poner ante los ojos” una ausencia. La representación histórica atesta una función de lugartenencia o suplencia, es decir, “presenta” las acciones “ausentes” del pasado y se articula, fundamentalmente, en el movimiento interno incitado por las figuras retóricas, que va de la legibilidad a la visibilidad; primordialmente, se basa en la metáfora, que por su función analógica, logra percibir las semejanzas, crea una imagen y la *pone ante los ojos* (Aristóteles, *Poética*, 1457b). De esta manera, la representación de los hechos acontecidos, a través de la metáfora por analogía o proporción⁴, privilegia la estructura narrativa y la transforma en un ícono capaz de representar el pasado; al tratarse de la presentación de una imagen que refiere a una realidad ausente, dicho traslado no sólo es a nivel lingüístico, sino ontológico, pues crea un puente hacia un pasado *real*, que si bien, “se dice que [...] ya no es, pero fue” (Ricœur, 2003, p. 374). Asimismo, la noción de *huella* se establecerá, en un punto limítrofe, ejerciendo la misma función de *lugartenencia*, pues tendrá un significado analógico-icónico al concebirse como “la marca que ha dejado un fenómeno y que nuestros sentidos pueden percibir” (Bloch, 2010, p. 58), es decir, es “aquello que vale por” (Ricœur, 2007, p. 862).

⁴ Acerca del *representar sensiblemente* de la metáfora por analogía, cf. Aristóteles. (1990). *Retórica*, 1411b 25. (Q. Racionero, int., trad. y notas). Gredos; y P. Ricœur. (2001). “Estudio VI. El trabajo de la semejanza”, en *La metáfora viva* (trad. Agustín Neira) (pp. 233-286). Ediciones Cristiandad-Trotta.

Justo esa reconstrucción es lo que posibilita la percepción de un pasado que se ha ido; con ello, no se reconstruye cabalmente el acontecimiento histórico, pero tampoco se construye una copia o una falsa imitación de las acciones de los hombres del pasado.

La noción de ícono que desarrolla Mauricio Beuchot, a partir de los planteamientos de Charles Sanders Peirce, permite establecer un atisbo analógico-icónico a la representación histórica, y concebirla como una operación capaz de presentar un pasado *real* pero ausente, por medio de su “pulsión” referencial, que no sólo apunta, sino que conduce.

Es decir, nos da un sentido y nos conduce a una referencia que, aun cuando nunca la alcanzamos ni la comprendemos plenamente, existe, se da, se ofrece. Algo hay; apunta hacia algo, algo que se nos oculta, pero que también se nos manifiesta, aunque sea apenas, de manera callada, de manera casi escondida, mas, en todo caso, suficiente, cual es la condición de lo analógico (Beuchot, 2009, p. 194).

Del mismo modo, es factible reconocer a la función referencial de los relatos históricos como analógica-icónica, pues conduce mediante una semejanza a algo muy distinto a lo percibido por los sentidos. Franqueando las barreras lingüísticas y los niveles epistémicos traspasa, mediando analógicamente, a los ontológicos; desliza a la posibilidad de experimentar una realidad ausente.

Del abismo

Finalmente, todo lo previo refiere a una reflexión textual. Ahora, qué ocurre en un aspecto más individual y vivencial. La manera en que nos apropiamos, en general, de la Historia y de nuestro pasado diferirá dependiendo de la perspectiva que adoptemos para ello.

La consciencia histórica que “se sabe en una relación reflexiva consigo misma y con la tradición en la que se encuentra. Se comprende a sí misma desde su historia. [...] *es una forma de autoconocimiento*” (Gadamer, 2007, p. 296). Pero esta comprensión no es estática, sino que se mueve junto con la misma tradición; de esta forma, se originan distintas perspectivas tanto por el movimiento espacial como temporal.

Siendo así, cuando la consciencia histórica

Cree en la *realidad* del pasado y considera que éste, en su modo de ser y hasta cierto punto en su contenido, no es por naturaleza distinto del presente. Reconociendo lo que ha sucedido como *ya cumplido* esa conciencia admite que existió una vez, tuvo su lugar y su fecha, como existen los hechos que se desarrollan ante nuestros ojos... Esto significa particularmente que de ningún modo cabe tratar a lo sucedido como ficticio o irreal. (Le Goff, 2005, p. 187)

Es por ello que Robin George Collingwood plantea la siguiente diferenciación en términos lógicos: “el presente es lo real; el pasado es lo necesario; y el futuro es lo posible. Necesidad y posibilidad son los dos elementos abstractos que, unidos, forman la realidad” (2011, p. 504). Consecuentemente, se afirma que el mundo histórico es uno y único, pues todos los acontecimientos son sucesivos y necesarios, de lo contrario, no podría existir una continuidad entre el pasado y el presente. Esta lucha de identificación del ser humano con el pasado, recuerda el argumento aristotélico de que “la reflexión debe pretender que la mente se ‘convierta’ de hecho en el objeto sobre el que reflexiona” (Ankersmit, 2004, p. 66).

Por otra parte, si se considera que

El pasado y el presente pertenecen a la esfera de lo *mismo*, se sitúan en la esfera de la alteridad. Si es cierto que los episodios pasados ya se desarrollaron, y que esta dimensión los caracteriza de modo esencial, también es cierto que su “pertenencia al pasado” los diferencia de cualquier otro episodio que podría parecerseles. (Le Goff, 2005, p. 187)

Esta percepción sugiere un movimiento de retirada y de alejamiento, pues la distancia temporal escinde al hombre de su experiencia pasada. Retomando las palabras de Gadamer (2007): “es una manera de autocomprenderse. [...] y toda autocomprensión se realiza al comprender algo distinto” (p. 138). Por ello, es necesaria la distancia y la diferencia entre el ser humano y su pasado, ya que, esta inversión hace que se reconozca a sí mismo en lo extraño, en lo otro. Sin embargo, desde este escorzo, pareciera que a una parte antigua de nosotros se le permitió una existencia autónoma, que se le concedió o

“adquirió cierta independencia respecto de nosotros mismos” (Ankersmit, 2004, p. 67).

Por último, bajo el signo de lo análogo, emerge una visión de la Historia, en la cual, tanto el presente como el pasado, lo idéntico y lo diferente confluyen, conviven e intentan equilibrarse. Las huellas, efectivamente, son de una realidad extinta pero forman parte de la realidad presente.

Se ha observado que, a nivel textual, la representación histórica puede presentar, a través de sus operaciones *poiéticas*, la ausencia del pasado. De hecho, etimológica y literalmente, la palabra representación significa “hacer que algo se haga *presente* de nuevo” (Ankersmit, 2006, p. 140), ya sea en el aspecto estético, histórico, político o social, la representación contiene esa misma noción y hará “*presente* algo que ahora está ausente. En consecuencia, la idea de representación está unida de alguna forma a los términos de ‘presencia’ y de ‘ausencia’” (Ankersmit, 2006, p. 140). Esto es lo que ubica al ser humano al filo del abismo, pues, cómo es posible sobrevivir a este suicidio semántico...

Es natural que ubiquemos el pasado, incluso nuestro propio acontecer, en la lejanía del tiempo y que en nuestra memoria nos recordemos como *otro* haciendo lo que hicimos. Por esto, tenemos que luchar contra el olvido, pues el mayor peligro que se corre con este alejamiento es el desconocimiento, la pérdida de la certeza y el significado de nosotros mismos.

Al representar sensiblemente el pasado, no como una imagen ausente *irreal*, sino como una imagen ausente *anterior*, como suplencia, obtendremos una distinción fundamental entre la representación y lo representado; y, finalmente, lograremos una orientación de la consciencia histórica para que, prudente y proporcionalmente, sea reflexiva, reconozca y proteja los significados perdurables para experimentar esa presencia tan ausente que jamás sucederá dos veces.

Por último, la reconstrucción no es una restitución, no es una recreación ni una revivificación del pasado, sólo es una condición de posibilidad para la experiencia, y no del pasado en sí mismo, sino de la diferencia entre lo acontecido y lo actual. Su objetivo “es la momentánea experiencia vertiginosa de la súbita obstrucción de la escisión entre presente y pasado, una experiencia en la que el pasado por un breve instante se revela ‘como es, o fue’” (Ankersmit, 2004, pp. 403-404).

El pasado no es mucho, sólo inconmensurable: hay que arrojarlo al propio abismo, a eso que desgarró el tiempo, *a eso que no se va, aunque se vaya, a*

eso que no nos deja, aunque nos deje. Lo que yace en el fondo, quizá sea una antigua pero nueva experiencia.

Referencias

- Ankersmit, F. R. (2004). *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. Fondo de Cultura Económica.
- Ankersmit, F. R. (2006). Representación, “presencia” y experiencia sublime. *Historia y Grafía*, 27, 139-172. Recuperado el 3 de diciembre de 2024 de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922905006>
- Aristóteles. (1990). *Retórica* (Q. Racionero, int., trad. y notas). Gredos.
- Aristóteles. (2000). *Poética* (J. D. García Bacca, int., y notas). UNAM.
- Aron, R. (2004). *Dimensiones de la conciencia histórica*. Fondo de Cultura Económica.
- Beuchot, M. (2009). *Tratado de Hermenéutica Analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*. UNAM.
- Bloch, M. (2010). *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Collingwood, R. G. (2011). *Idea de la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, H.-G. (2007). *Verdad y método I*. Sígueme.
- Koselleck, R. (1997). “Histórica y hermenéutica”. En: R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica* (pp. 65-94). Paidós.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Paidós.
- Ricoeur, P. (2001). “Estudio VI. El trabajo de la semejanza”. En: P. Ricoeur, *La metáfora viva* (pp. 233-286). Ediciones Cristiandad-Trotta.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta.
- Ricoeur, P. (2007). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NonComercial 4.0 Internacional